

“Cartografías en convergencia. Paisajes íntimos y poesías exteriorizadas para un encuentro”.  
*Gráfica del encuentro*, Buenos Aires, Palais de Glace, 2005, pp. 21-26. ISBN: 84-8266-516-2

## **CARTOGRAFÍAS EN CONVERGENCIA. PAISAJES ÍNTIMOS Y POESÍAS EXTERIORIZADAS PARA UN ENCUENTRO**

América y España. España y América. Eterna historia de encuentros que se reaviva y retroalimenta sin dejar resquicio para la indiferencia. América se “independizó” y quienes pretendieron asumir una nueva identidad negando el pasado, obviando las vivencias acumuladas a través del tiempo, fracasaron en el intento. América es un crisol vital donde lo indígena, que hunde sus raíces en lo más pretérito, se entronca con los siglos de hispanización, y con la apertura cultural que, a partir del XIX y sobre todo en el XX, experimentaron nuestras naciones. Expandida, contaminada, y hasta si se quiere permanentemente agredida, la cultura americana sigue resistiendo al paso de los años con naturalidad porque sus raíces y su historia, aunque a veces cueste ordenarlas racionalmente, están asentadas sobre pilares firmes. Cuanto más atacada, más americana; siempre fue así. Indígena, barroca, moderna o vanguardista, pero siempre América.

Y dentro de América, la Argentina, referente ineludible de la modernidad en el continente. Una modernidad sustentada en historias nuevas, de inmigración, de raigambre a veces hecha voluntaria a la fuerza, de conformación de un país cosmopolita, el ejemplo palpable de cómo es posible la convivencia armónica y enriquecedora de diferentes nacionalidades y culturas. Siempre fue la “identidad”, el “alma nacional” la preocupación de los argentinos. Si teníamos o no identidad. Si éramos españoles, italianos, franceses o judíos. Nunca faltó identidad, definitivamente lo que nos sobró fue justamente identidad. Y nuestra identidad es la pluralidad.

Del otro lado del puente, España, sus siglos de historia acumulados, sus inocultables tradiciones, y su continuo proceso de aperturas culturales. Una constante puesta al día respecto de sí misma, y no tan pendiente (como sí lo estamos los argentinos) de las grandes usinas culturales, de “saber cómo nos miran” en París o en Nueva York. O en nuestro caso, en Madrid y Barcelona. Y dentro de esa España, la Andalucía de la expresión siempre profunda, del misterio transferido, de las pasiones sin fronteras. Una Andalucía capaz de crear un terreno de encuentro con sus hermanas americanas, capaz de abarcarlo todo, desde la fiesta más pintoresca hasta el drama más encendido. El puente se tiende con naturalidad, no son necesarios los forzamientos: el entendimiento es cuestión de piel.

Tardamos los argentinos y los españoles en encontrarnos tras la ruptura, tras el fin del imperio hispano allá en el sur, y el inicio de la andadura de una nueva nación. “Se levanta a la faz de la tierra / una nueva y gloriosa Nación / Coronada su sien de laureles / y a sus plantas rendido un León” reza desde 1812 el himno nacional argentino. La letra era de un catalán, Blas Parera. La “nueva y gloriosa nación”, al celebrar su Centenario en 1910, permitió de una vez y para siempre que el León antes rendido se incorporara, para seguir juntos desandando el camino. En la historia quedó aquella magna Exposición del Centenario en donde la Argentina recibió con los brazos abiertos a la Infanta Isabel de Borbón, y los renombrados Zuloaga, Anglada Camarasa o Rusiñol mostraron en Buenos Aires lo mejor de sus producciones.

El arte español era en aquellos años la flor y nata de las colecciones argentinas. Y a las creaciones de los artistas contemporáneos de América les eran abiertas de par en par, en 1924, las puertas del Salón Nacional madrileño, para medirse con sus pares españoles. Los paisajes y las costumbres de un continente, codo a codo con lo más

granado del regionalismo peninsular. Eran hitos en el camino, de suficiente importancia como para pasar desapercibidos. De nuevo los argentinos fueron los que más propiciaron que ese flujo se cristalizase.

El puente ya estaba tendido y había empezado a ser transitado de forma asidua. Desde Granada partió el maestro de maestros José de Larrocha para radicarse en Buenos Aires, donde sus perspectivas para vivir del arte eran más favorables. Emigró en 1915 y moriría en la capital argentina en el 33. Desde Córdoba, el gran Julio Romero de Torres marchó a aquella para alcanzar consagración internacional en su ya legendaria muestra individual de 1922. Desde Sevilla había salido en 1910, con el mismo anhelo, el recordado Gustavo Bacarissas, quien al cabo de seis años viviendo en la Reina del Plata, volvió para consolidarse como primera figura del arte sevillano en la primera mitad de siglo. Pero nunca olvidó a la tierra que lo había acogido y la representó en los magníficos murales que aun hoy pueden verse en la capilla del que fue el pabellón argentino en la Exposición Iberoamericana de Sevilla de 1929, acogida por una arquitectura de raíz colonial que ya era parte de la identidad americana y referente de la historia española en aquél continente.

Esa exposición fue punto culminante. El encuentro magnánimo, en tierras españolas, de las culturas hermanadas. Hoy podemos pasear por aquellos espacios sevillanos que acogieron el acontecimiento y admirar las arquitecturas historicistas que expresan nuestra raíces americanas: las huellas prehispanistas de los pabellones mexicano, guatemalteco o peruano, o la impronta neocolonial en el exterior de este último y en los de Argentina, Colombia o Cuba. Pero esta exposición fue también canto del cisne. La crisis económica arrasa desde Nueva York y se extiende sin piedad ese mismo año. Y cae en 1931 Alfonso XIII, uno de los motores fundamentales del nuevo hispanoamericanismo.

A España llega la guerra civil en 1936. Golpea en esa Argentina en la que sólo dos años antes Federico García Lorca había encontrado la comprensión que le era esquiva en la Península, y se expresa en las estampas de Pompeyo Auduvert y en los óleos de Raquel Forner, cargados de dramatismo. Vendrán nuevas épocas, nuevos escenarios, nuevos hispanoamericanismos. La dictadura franquista intenta construir sus puentes con las bienales hispanoamericanas, a partir de 1951. De nuevo los americanos compartiendo cartel con los españoles. En América, la legión de exiliados boicotea lo que considera una afrenta a su dignidad. Prescritos, olvidados, pero no abandonados a la mano de Dios, los artistas e intelectuales españoles encuentran en Argentina, Venezuela, México o el Caribe el solar propicio para lo que, quizá sin ellos saberlo, supondría el paso a la posteridad. Y de nuevo los andaluces en la Argentina: los versos de Rafael Alberti, quien cambia el mar por la pampa y el litoral argentino, o las manos de Manuel Ángeles Ortiz que huyen de su agitación en el destierro, para encontrar la poesía a orillas de los lagos de la Patagonia, bocetando los paisajes sureños o construyendo sobre lo construido, convirtiendo en obras de arte las caprichosas formas de las maderas erosionadas de aquellos parajes. Puentes, siempre puentes. Y puentes vivos porque vivos están quienes los transitan.

“Lo que cambió ayer / tendrá que cambiar mañana / así como cambio yo / en esta tierra lejana” canta desde hace años nuestra Mercedes Sosa. Muchos de aquellos españoles se hicieron definitivamente americanos. Cuestión de convicción, o de lealtad o inclusive de resignación. Algunos tuvieron las fuerzas y las ilusiones para regresar, otros pensaron que poco quedaba de ellos al otro lado del puente, un puente de difícil tránsito, para muchos insalvable mentalmente por la acumulación de tantas historias para no dormir. Un puente sedimentado por tragedias personales, por intimidades hechas jirones, ayer más transitado por aquellos españoles en busca de refugio,

recientemente más utilizado por argentinos en búsqueda de horizontes más alentadores. Pero siempre con la cultura y el arte como cayados para el camino. Puentes tendidos sobre las cenizas de las que una y otra vez resucita el Ave Fénix.

El 92, con la excusa del V Centenario, vino a reverdecir el vínculo. La cultura en general y el arte en particular, conformaron un nuevo marco para el encuentro. España que va, que se implica con sus naciones hermanas, y que las acoge una vez más. Proliferan en la Península los museos e instituciones con vocación americanista, unos nacen bajo este signo, otros que ya estaban lo adoptan sin miramientos. España abre las ventanas y recibe un soplo de aire fresco, expresado de mil formas y maneras. Tras el paradigmático año queda de pronto la sensación de que el vínculo perderá fuelle, pero no. Parece que esta vez las voluntades se conjuran para contrarrestar la eterna situación de encuentros y desencuentros, para hacer que los primeros se conviertan en el marco natural de las acciones.

Andalucía se compromete: su tradición americanista así lo requiere. Y siempre encuentra los recovecos para insertarse en el devenir cultural de aquellas naciones, tan caras a su historia, y ofrecer sus manantiales y serranías para el alimento y reposo de las nuevas generaciones americanas. Verter los nuevos vinos en añejas odres. Cartografías que convergen, puentes que se unen, espíritus que se expresan y se encuentran.

Hallazgos y coincidencias que se producen ahora a través de esta “Gráfica del encuentro”, en la que confluyen grandes nombres de la stampa argentina, de la española en general y, específicamente, la andaluza. No es preciso hallar semejanzas e hilar un discurso conjunto a la fuerza. La libertad es cualidad de rigor. El estricto blanco y negro convive con la nota de color. Las técnicas tradicionales con las liberadas por la experimentación. Si las diferencias son ya evidentes en coterráneos, qué podemos aguardar del ejercicio de cotejar las obras de autores pertenecientes a distintos ámbitos, los que conforman la muestra. Disparos personalidades, geografías heterogéneas en lo externo e interno.

Pero no podemos evitar caer en la tentación. Al desgranar cada uno de los conjuntos se advierten inquietudes plausibles de encontrarse, de familiarizarse, a uno y otro lado del charco, y entre los territorios separados por la franja de Despeñaperros. La semejanza marca el conjunto, el conjunto pone en diálogo las diversidades. Qué mejor ejemplo que las dos homenajeadas, Aída Carballo de un lado del puente y Dolores Montijano del otro. Pero ¿de qué lado? ¿O acaso es del todo imposible vincular las figuras de Aída, ora solitarias, ora grotescas, siempre surcando un mundo de inquietud, con la rica tradición del expresionismo español? ¿O acaso no podemos emparentar a sus *Locos* con el inmortal *Tío Florencio* de José Gutiérrez Solana? ¿O acaso las texturas y coloridos que imprime Dolores a su serie de *Silencios* no nos permiten transportarnos espiritualmente a la insonoridad de los Andes, expresándose a través de lo matérico como si fuesen las *venas abiertas de América Latina* que inmortalizara en la literatura Eduardo Galeano?

Muchas veces hemos afirmado que “lo americano” es el paisaje. Virginal o culturalizado por la mano del hombre, siempre ha sido el paisaje “lo monumental” de América, parte esencial de nuestra identidad histórica. Así en Argentina: el campo y la ciudad, la perpetua dicotomía, civilización y barbarie que intercambian sus roles. Las serranías de Fader y la urbe de Collivadino. El gaucho de Quirós y el *lavorante* del puerto exaltado por Quinquela. Y en el centro de atención la stampa, medio multiplicador y difusor de un imaginario social, que casi desde el principio transformó de manera definitiva la mirada de nuestra realidad cotidiana. Protagonista singular, para nada un “arte menor”, término con el que aun pretenden algunos seguir negándole su valor de expresión con peso propio e intransferible.

La historia contemporánea argentina se puede escribir a partir de su obra gráfica. Arte como instrumento para la acción política y social. El inmigrante, el obrero, la prostituta, el mendigo, el paisaje del barrio, el mundo del suburbio, el movimiento de las fábricas. Derrotero estampado y comprometido con el pueblo. Así también la gráfica española. Los tipos y las costumbres en los aguafuertes de Ricardo Baroja allá en los albores del XX, los carteles de Josep Renau durante la guerra civil y antes de huir exiliado a México, y tantos grandes hombres y nombres que sumaron su impronta a los anales del grabado contemporáneo español.

Y de nuevo el paisaje. Paisaje exterior que se reconstruye a través de los ojos y se expulsa a través del espíritu, paisajes interiores, de soledad, que se subliman desde el alma; ambos se imprimen sobre el papel y se confunden, se entremezclan, hacen inciertas sus fronteras. De nuevo el puente. España y América. Los mundos imaginados, sobrenaturales, de Lucio Muñoz, que se entrelazan con la fuerza telúrica de los agitados paisajes de Quito pintados por el ecuatoriano Oswaldo Guayasamín. El *Relotge de sol* de Joan Brossa que hace un guiño al uruguayo Joaquín Torres-García, como hermanando a dos brillantes protagonistas del arte catalán de todos los tiempos. O las *Máscaras* de Canogar, trayendo a colación, a través de lenguajes modernos, el inmortal legado de las culturas primitivas. Quietud y explosión. Del *Desconcierto* de Juan Genovés a *El grito del fanático* de Carlos Scannapieco, un abanico que es capaz de abarcarlo todo.

Y el paisaje también presente en los artistas de Andalucía. Un viaje desde la tierra de Marte al Albaicín, de María José de Córdoba a Manuel Ángeles Ortiz y José Manuel Darro. Un tránsito por la ruta del oro, a través de la sensible y convencida geometría de Gerardo Delgado, hasta llegar a la Venecia que inspira a Enrique Brinkmann. Perderse en el intrincado urbanismo medieval que altera la mano de José Manuel Peña o internarse en el sugerente bosque que recrea Jesús Conde. Trasponer las sutiles y definidas rendijas blancas que permiten acceder al paisaje interior del introvertido, silencioso y profundo Pepe Lomas. Toda infinitud es posible en este encuentro, que no es otra cosa que la plural compenetración de sensibilidades cruzando el puente. Cartografías que convergen. Paisajes íntimos y poesías que se exteriorizan en el abrazo fraterno sin tiempo ni lugar.

Rodrigo Gutiérrez Viñuales  
Febrero de 2005